

Tema de reflexión

La gerontocracia y la gerontofobia

Arturo Lozano Cardoso¹¹Departamento de Salud Pública, Facultad de Medicina, UNAM

Como una primera parte de este trabajo se narra la decadencia de la gerontocracia tradicional como consecuencia del advenimiento de la sociedad industrial de mercado, y se analizan las variantes del poder social que acaparaban los patriarcas, exponiendo los conflictos causados por su excluyente discriminación de los jóvenes, entre los que destacan las infaustas «cazas de brujas» (gerontofobia).

Una sociedad gerontocrática se caracteriza no tanto por la presencia numérica de viejos (escasos por su propia longevidad) sino porque se les ve, se les contempla, se les admira al tiempo que se les teme y se les envidia; además, estos viejos son conscientes de su autoestima y se exhiben ostentando el estatus que poseen. Sin embargo, la sociedad contemporánea es ahora gerontofóbica. Aquí los viejos no están presentes, parecen invisibles, se les ignora, se les oculta y se les desprecia.

En la gerontocracia a los viejos se les trata como **sujetos** en cambio en la sociedad gerontofóbica se les trata de reducir a **objetos** (Gil Calvo). La sociedad gerontocrática eleva a sus viejos a la categoría de sujetos dignos de respeto y es porque gozan de **poder y autoridad**, con derechos y prerrogativas, a la vez que deben ser escuchados y obedecidos por quienes los rodean. En la sociedad gerontofóbica se les despoja de poder social, llevándolos a una calidad de subordinados, marginados, relegándoles papeles secundarios y haciéndolos seres dependientes, casi sin autonomía personal. Para la gerontocracia es básico el **poder social**, carente éste en la sociedad gerontofóbica.

Mann (1991) y Thompson (1998) califican el **poder social**, en 4 dimensiones: el **poder coercitivo** relacionado al control físico que permite reprimir, amenazar, dañar, castigar y es ejercido por instituciones como el ejército, la policía, los tribunales. Después viene el poder **económico**, que controla recursos materiales, técnicos financieros y es ejercido por instituciones como la propiedad, el comercio y la industria. Luego, el **poder político** relacionado a las redes sociales, estrategias en la coordinación y un control efectivo del comportamiento social, ejercidos por los gobiernos, las organizaciones o los partidos políticos. Finalmente, el **poder simbólico** o cultural, basado en la influencia o autoridad moral, en términos de legitimidad o ilegitimidad, también si hay conductas justas o injustas y controla, además,

las mentes y es ejercido por instituciones como son las iglesias, las escuelas, las universidades y los medios masivos de comunicación.

Anteriormente, y no hace mucho tiempo, las variantes del poder estaban la mayoría de las veces en posesión de las personas de edades mayores. Como ejemplo, en las fuerzas armadas, los grados superiores estaban regidos por viejos que, con frecuencia, no dudaban en combatir cuerpo a cuerpo como lo atestiguan la caballería medieval y renacentista (Minois); los tribunales y la medicina también correspondían a los viejos. En cambio, en la esfera coercitiva, caracterizada por la violencia, ésta ha sido ejecutada por jóvenes y con una participación menor de ancianos.

El **poder económico**, concentrado hasta hace poco en la propiedad familiar de la tierra y el capital, los cuales se transmiten como herencia del patrimonio familiar, los titulares eran los varones mayores, que legaban a sus sucesores primogénitos masculinos y en el que todos los descendientes dependen económicamente de su ascendente masculino de mayor edad. Su paradigma es el patriarcado y es avalado por la institución latina «*pater familias*» de los romanos, que lo hace propietario en cuerpos y vidas de su mujer, de sus hijos, de sus demás descendientes y todos sus esclavos (los patriarcas o propietarios familiares siempre han sido más longevos que el resto de los mortales).

En el libro *Historia de la Vejez* (Minois) se reúnen una serie de datos que, aunque dispersos por su heterogeneidad y no se pueden comparar para generalizarlos, son hasta ahora los grandes empresarios la cabeza de florecientes imperios familiares. Eugenio Torres (2000), en su recopilación de biografías de 100 empresarios españoles del siglo XX, refiere que el 40% murió entre los 78 y 84 años, mientras que un 25% murió a la edad superior de 85 años, en resumen, las dos terceras partes mueren con más de 75 años y la edad promedio fue de 80 años.

La gerontocracia económica es casi exclusivamente masculina; esta exclusividad masculina resulta actualmente (no tanto en los oligarcas de mayor edad) casi monopolica del poder político. Anteriormente, como ejemplo, eran los consejos de ancianos o Senado (voz etimológica afín) donde se discutían las leyes y se adoptaban las decisiones normativas. Otro caso de esta suprema magistratura ocupada por

ancianos fue el caso de Moisés, Josué y los jueces de Israel, como también es en los **gerentes** espartanos (Minois).

Para los jóvenes, ejercer el poder y autoridad sólo era posible —y se ve actualmente— en los regímenes de fuerzas dictatoriales o tiránicos y en las democracias electivas, demagógicas o plebiscitarias. Citando a Gil Calvo, el carisma del guerrero, lo mismo que el líder demagogo y populista, sólo parece estar al alcance del joven conquistador capaz de seducir a las multitudes con la magia de sus elocuencias y de sus victorias continuas; es el caso de Alejandro Magno o de Julio César, como el de Napoleón y Hitler, modelos de todo caudillo Cesarista que sueña con dar un «*coup d'état*» y, con frecuencia, además, manipulados por sabios consejeros, o astutos intrigantes que semejaban a maquiavelos de cámara que protegían a los jóvenes como héroes para salvarlos de su irresponsabilidad; estos consejeros solían ser de avanzada edad: el demonio sabe más por viejo que por diablo.

La última esfera del poder del anciano es la **simbólica**. En ésta, la gerontocracia tiene la autoridad más marcada. La sabiduría se ha identificado tradicionalmente con la vejez. La iconografía cristiana ha representado la figura de la divinidad o al menos al de Dios Padre a través de un venerable anciano canoso; esta representación también se ve en otros monoteísmos y en los panteones politeístas; los dioses de la sabiduría suelen ser viejos y también contemplados en todas las mitologías indoeuropeas.

Por otro lado, las imágenes negativas del poder **simbólico** se han representado por los genios, los monstruos, los diablos, así como por los espíritus malignos que gozan de un gran poder oscuro y sombrío, identificándolas con figuras masculinas o femeninas, pero también ancianos, como es el mago, el chamán y el de la bruja propiamente dicha, la cual es la más representativa del poder **simbólico**, en donde las mujeres gozan de una mayor presencia.

Las instituciones culturales premodernas como las universidades, los monasterios, las iglesias, los tribunales y las academias eran casi exclusivamente gerontocracias, controladas por los ancianos jerarcas.

En los siglos XIV y XV como consecuencias de las grandes pestes epidémicas que diezmaron a la juventud, quedando una población de viejos (por inmunidad) y admirados y sobreestimados se recrudecía la gerontocracia. Pero, enseguida aparece una revolución renacentista iniciándose una época abierta de persecución hacia el poder de los ancianos; este momento histórico está representado por la «caería de brujas».

El conflicto secular entre viejos y jóvenes parece obedecer a un ciclo pendular que alterna épocas de predominio de ancianos, cambiando ahora por una gran participación juvenil en la cual impera la gerontofobia. En otras palabras, el péndulo se va ahora hacia una protesta social contra la gran corrupción que se le atribuye a la gerontocracia; semejante

resistencia juvenil contra el poder de los ancianos solía adoptar como pretexto cualquier excusa religiosa o ideológica, por la lucha por el poder; todos los argumentos parecen buenos con tal de que prometan resultados eficaces. Por lo tanto, los jóvenes responden por cualquier vía o causa, junto con levantamientos callejeros y de campesinos, motivados por una demagogia populista, haciendo al viejo un fácil chivo expiatorio que hay que sacrificar como purificador social.

Minois, en su «Historia de la Vejez», señala estos movimientos ejemplificados por las actitudes gerontofóbicas atenienses, espartanas y persas, incluyendo a su propia aristocracia oligárquica; por otro lado, la Inquisición española, cuya excusa oficial en la persecución sistemática contra los conversos o nuevos cristianos, es el de judaizarse en secreto. Actualmente sería el equivalente a una cruenta limpieza étnica, por lo tanto, era de sospecharse una posible persecución de tipo gerontofóbica. El estereotipo «Delameau» (1989) está representado como el viejo acaparador de riquezas injustas, cuya espuria corrupción hay que purificar. El mismo autor ante esto señala que hay que imaginar una coartada para la **cruzada gerontofóbica**, tras el extraordinario y duradero envejecimiento poblacional que se produjo como consecuencia y a pesar de la gran peste.

Al intentar interpretar el significado de las justificaciones señaladas. Y tomando en cuenta un esquema parecido, retrata del síndrome cultural conocido como «caza de brujas», caracterizado por un masivo movimiento contra las mujeres mayores revestidas de algún poder simbólico, con cierta autoridad espiritual y que hizo a estos personajes, a **la bruja**, un símbolo como instrumento diabólico propagador del mal (Gil Calvo).

Un experto como Levack (1995), ha calculado a la baja la magnitud en la persecución europea, cifrándola en 110,000 procesamientos y 60,000 ejecuciones en 150 años (de 1525 a 1675) de las que un 75% correspondía a mujeres mayores de 50 años. Probablemente «la caza de brujas» sea lo más explícito de una gerontofobia cruenta. Pero aún más, hay otros y variados casos respecto a persecuciones contra los más débiles, como son el viejo o la vieja; el ejemplo está en la marginalidad y se muestra como un gerontocidio endémico el que mata a los viejos por goteo; se trata del permanente maltrato familiar demostrado a través de violencia física, verbal, sexual, psicológica, social, económica, etc., ejercida sobre el viejo principalmente por sus descendientes, haciéndoles imposible la vida y tratando de acelerar su muerte, en espera, en su mayoría de ser heredados.

Entonces, el genocidio se produce en dos escalas. Una macro, como «la caza de brujas» (el peor ejemplo). En la otra, micro, se observa el lento goteo de víctimas de maltrato familiar a los viejos. El mismo autor Gil Calvo se refiere a que existen diversas interpretaciones respecto a las persecuciones hacia los ancianos, como son las materialistas para

hacerse del poder y las propiedades, otras son las políticas con el fin de obtener el control burocrático, pero también hay antropológicas, que interpretan al genocidio como un sacrificio colectivo emprendido como limpieza étnica, dirigida contra el poder mágico de los viejos, que adopta la forma de una avanzada ideológica de purificación social y de salvación colectiva.

En la presente situación nos hallamos ahora con el temor al envejecimiento de la población, donde se exagera la discriminación contra los ancianos, a los que se les condena a un ostracismo excluyente; sin embargo, cabe confiar en que su ocultación no sea definitiva, sino sólo pasajera, pues podría estar emergiendo una nueva forma más digna de entender la vejez, que sólo en un futuro cercano adquirirá carta de naturaleza para los mayores un cierto poder (Gil Calvo, «El Poder Gris»).

En este escrito no se pretende eludir una recuperación del poder pretérito que acumulaban los patriarcas de antaño, pues aquella gerontocracia del pasado ya no puede regresar. Pero sí sugiere una cierta forma de «revolución de poderes», hoy expropiados a los ancianos y que probablemente los «nuevos mayores» del futuro estarán en disposi-

ción de recuperarlos. Bien entendido que no se trata de poderes autoritarios como los de la vieja gerontocracia, sino de poderes civiles definibles por el libre ejercicio de sus derechos inalienables, que ahora tienen recortados por su discriminación excluyente.

Otra perspectiva diferente sobre los problemas a la vejez, no como «efecto de la edad» sino como un efecto de la generación a la que pertenecen, es que si los mayores actuales necesitan protección social no es porque sean viejos, sino que pertenecen a una generación desfavorecida por la historia. En cambio, los nuevos «mayores del futuro por venir» ya no necesitarán tanta protección, pues dispondrán del poder, («El Poder Gris») de protegerse a sí mismos como dueños y señores de su propio destino.

La vejez, en otro sentido ya no conceptual o analítico sino ético o vital, es decir, moral o práctico equivale a dos perspectivas: una generacional y otra estratégica. Para esto se trata de identificar las distintas estrategias que se pueden utilizar para enfrentar el envejecimiento y probablemente las nuevas generaciones no podrán tener una futura vejez mucho más **moderna**, en el sentido de que serán más capaces de apoderarse de su vejez.